

Una mano para sí y otra para el barco

Por Juan Antonio Padrón Albornoz

Desde ayer, Santa Cruz se adorna con la gracia fina, marinera, de masteleros y mastelillos. El clásico aparejo de cruz es como un pino estilizado que, a la vera del mar, tiene hoy la ciudad que, según Humboldt, era gran caravanse-raillo del Atlántico. Y, posada del océano, continúa ofreciendo el amplio abrigo de su bahía a todas las naves que cruzan sus aguas.

Todas las estelas marcan sobre la mar unos rumbos. Antes, a la sombra de los negros penachos del "best Cardiff", señalaban las lindes efímeras de las infinitas, azules huertas del océano. Hoy es el respirar leve de los diesels el que traza, marca en la mar el rápido paso de las naves que, atrevidas, la muerden con sus proas agudas y lanzadas. Y es por ello que, a la vista de este airoso aparejo, de estas pirámides de blancas velas, revive una época que se resiste a morir, que desesperadamente lucha por conservarse en la mar.

La blanca poesía de la vela ha desaparecido prácticamente de las rutas oceánicas. Sólo las naciones con tradición arraigada continúan ofreciendo—exigiendo—a los que serán en su día marinos, la dura, aleccionadora escuela de la navegación a vela. Tensas, repletas de viento y luz, ellas fueron presencia constante en el Santa Cruz puerto naciente. Los negros y espesos penachos fueron, con el acompasado latir de aquellas primitivas alternativas triples, los que con lentitud borrarón de los océanos aquellas esbeltas estampas marineras. Esbeltas estampas marineras que, con todo el trapo largo, recibían agradecidas la limosna de la brisa.

El puerto guarda en sus anales nombres y más nombres de aquellas fragatas y bricharcas que, dedicadas a la enseñanza, fueron siempre presencia obligada en sus aguas. La "Nautilus" española, su homónima holandesa, la "Melpomene" francesa, la "Presidente Sarmiento" argentina, la "Deutschland" alemana, la... ¿para qué seguir?

Toda aquella vieja época de la mar se renovó. Y volvió a Santa Cruz en nuevos veleros—"Danmark", "Mercator", "Gala-

tea", "Elcano", "Dar Pomorza", etc.—que pusieron en las mismas aguas los mismos reflejos, el mismo ciego mirar de los mascarones, la misma gracia fina de esbeltas arboladuras.

No estuvo Santa Cruz en la derrota de los "Cap Horniers", los "nitrate clippers", los últimos "Windjammers" que, en alas del viento libre y fuerte, trazaron las también últimas singladuras, las últimas estelas de la navegación mercantil a vela.

Hoy el aparejo de cruz de la "Gorch Fock" nos lleva a aquella época ya ida para siempre. Época a la que los ingleses, pueblo compenetrado con la mar, denominaron de los hombres de hierro tripulando barcos de madera. Y en verdad que así fue. Basta un simple vistazo a lo que en aquellos veleros se comía, a la dura vida que en ellos se llevaba y—lo que es más importante—a lo que en ellos se cobraba. Y, como decía un marinero galo "et tout cela pour 75 francs par mois, avec en prime un peu de scorbut et de béri-béri". Sí, todo por 75 francos al mes y, además, como incentivo casi, un poco de escorbuto y beri-beri.

Toda aquella desagradable parte de la vida en la mar ha desaparecido. Queda solamente ese duro aprendizaje que, sin duda alguna, forja cuerpo y espíritu de aquellos que, en día no lejano, tendrán a toda una tripulación a sus órdenes, pendiente de sus decisiones.

Hoy se les continúa enseñando la vieja fórmula de que, mientras se trabaja en el aparejo, una mano es para sí y la otra para el barco. El velero continúa siendo la escuela que, además de enseñanza teórica y práctica, imparte el difícil aprendizaje de la verdadera camaradería en la mar. De aquella camaradería que, en los momentos difíciles, se pone a prueba. Y siempre, siempre triunfa.

Santa Cruz, ciudad cuyo nombre lució en el espejo de popa de grandes veleros en las rutas del Caribe y Filipinas, hoy se alegra de que su puerto se vista de nuevo con las galas alegres, siempre alegres, de las velas que impulsaron a la navegación de altura.